



EL HEREDERO

Llegaron a tal grado los escándalos del niño Julio, que hubo necesidad de llamar a Martín Hoz, el gran amigo del poeta, único que tenía alguna influencia sobre el descarriado joven.

La tía a cuyo cuidado había quedado la familia desde la muerte del poeta, creyó ser este el único paso más oportuno para poner orden en aquella casa.

La conducta de Julio rayaba en lo inverosímil: casi todos los días era la misma historia. . . . El niño llegaba a deshoras, muchas veces a la madrugada, en estado de embriaguez.

La conferencia tuvo lugar en el estudio, aquella pieza de tapices oscuros en que el padre hacía menos de dos años trabajaba todavía. El sillón donde Marcos solía leer estaba a un lado de la amplia mesa, de la que habían desaparecido los libros, cuadernos y manuscritos. . . . Quedaba sólo del poeta el hu-

milde tintero que solía usar; el portaplumas enmohecido yacía bajo un periódido, olvidado y cubierto de polvo.

Lo que causaba más honda impresión, era el retrato de Marcos, en lo alto de un librero: joven aún, muy recién casado, y vestido a la usanza de la época. En sus últimos años se había avejentado muchísimo, pero su fisonomía no había perdido aquel aire inteligente y franco que lo hacía tan profundamente simpático. Palpitaban en aquella estancia abandonada mil recuerdos; el librero ya casi vacío, los bronces de arte, las mesas, las acuarelas, el reloj en forma de casco. . . . todo evocaba la memoria del cantor de "Ida" y "Efímera", el laureado poeta en cuya composición última se notaba ya esa tristeza que precede a la muerte:

*Ya mis flores murieron! Ya la nieve
Prende un florón de perlas, etc.*

Recuerdo que el decaimiento de sus últimos tiempos fué causado por una desilusión que hirió su corazón de padre y de artista.

Su hija se había enamorado neciamente del tenedor de libros de una vinatería, y su hijo se le presentó ebrio por la primera vez. . . . Y aquel hombre correcto y elegante, aquel modelo de caballerosa conducta, el que hablaba en prosa y verso de la filial ternura con notas tan conmovedoras, jamás pensó en que era uno de aquellos padres infelices que tienen en su propia casa los vicios que hieren con sus estrofas entusiastas y sus amargos anatemas. Desde entonces ya no fué con sus amigos el mismo de antes, abandonó la lira, y por último, fué conducido por unos diez amigos a un sepulcro de no sé qué clase; leyeron una elegía, y una sociedad literaria le dejó una corona. Los escritores todos desfilaron por la casa de los deudos, les dieron el estrecho abrazo de ordenanza, recitándoles un pésame ad hoc, en el

que campeaban algunas ideas firmadas nada menos meses antes, por el ilustre muerto.

Un poeta dijo a Julio con voz muy conmovida:

—A usted toca heredar ese nombre, a usted conservar la gloria de ese padre y perpetuar sus obras.

Era el primogénito, y se le regalaron el magnífico *remontoir* de oro, premio de un concurso literario; una corona de laureles de plata, del mismo origen, y una pluma de oro, obsequio de un colegio de niñas, en cuya repartición de premios leyó la célebre oda dedicada "A los que avanzan"

—Gracias a Martín Hoz, no se vendieron los libros por peso, como lo proponían los compradores, y la biblioteca, que valía unos dos mil pesos, fué realizada en ciento cincuenta, con excepción de los volúmenes lujosamente empastados, que guardó el hijo mayor, y las obras de Marcos, que en desorden absoluto se arrojaron al fondo de una alacena.

Pasados los días primeros del duelo, los parientes comenzaron a abrir cajones y carpetas rompiendo las cerraduras; revolvieron los borradores y manuscritos, rompieron obras inéditas, quemaron cuadernos de apuntes y cuartillas sueltas, y sólo el escribiente pidió a Julio un autógrafo del señor su padre.

Y aquellas páginas escritas con fiebre, aquellos queridos papeles en que la frase condensó toda la juventud de un alma en primavera; los sueños alentados por el vidente y la amargura romántica del escéptico, yacían pisoteados por las alfombras, sin que una mano inteligente se dignara recogerlos. . . . Igual suerte corrieron grandes rollos de periódicos, recortes en los que se alababa al poeta y su obra; elogios que la familia no leyó, porque ya se sabe con cuánta prisa se recorren los quintales de papeles que deja un padre de familia cuando el fin único de los curiosos es encontrar documentos.

Se vendieron multitud de cuadros, y con el tiempo,

el dueño y señor de hecho de aquella casa fué el tenedor de libros, futuro de Ruth, porque Julio, un imbécil, vivía entregado a placeres de índole distinta a la de los domésticos.

Hoy prometió arreglar al muchacho. . . .

—Es una cosa inconveniente, don Martín—decía la tía—no hay noche que este muchacho no llegue cayéndose. No sé dónde se mete, no sé qué amigos tiene, el caso es que va a perder la salud para toda la vida. Parece que el diablo lo ha hecho: lo que más odiaba Marcos era la borrachera, y por ahí le ha dado a este indecente. Ha llegado a tal grado, que el otro día lo han traído sin conocimiento unas mujeres, en un coche de sitio. Eran las dos de la mañana, y me lo encontré en su cuarto tirado boca arriba, en la alfombra, el sombrero abollado y lleno de saliva y polvo, sin corbata, la levita pegostada de chartreuse, y los zapatos y el pantalón y todo él, de pies a cabeza, lleno de lodo, con un moretón en un ojo. . . . El día menos pensado le pegan una cuchillada. Porque no crea usted, se ha de haber peleado.

No sé de dónde saca dinero. ¿Cree usted que se ha atrevido a abrir mi ropero? ¿Cree usted que ha empeñado la corona, la pluma y el reloj de su padre, que le hemos dado, porque les tenía mucho cariño? ¿Cree usted que las poesías de Marcos andan en las Cadenas? ¡Si él lo viera, él que era tan delicado, tan cariñoso, tan moral! Si resucitara se caía muerto, don Martín, se caía muerto. . . . ¡El día de su santo no han sido para llevarle una corona, sólo el escribiente, que de veras es agradecido, fué al panteón! . . . ¡No, si se ven unas cosas! Yo me he propuesto no meterme en nada, pero basta que sea hijo de un hermano mío, para que me pueda que arrastre el nombre sin mancha de su padre en las cantinas y en las casas malas, porque no sale de ahí. . . . Apenas hay un escándalo y saben su nombre: es lo primero que pre-

guntan, si es hijo de Marcos. Ya se lo dije a Ruth, me voy a ver precisada a advertírselo: o te enmiendas, o me largo por mi lado, y haz por el tuyo lo que te dé la gana. Porque estoy cansada, me tiene hasta aquí. . . . no puedo aguantar más, de buena me he pasado sin tener obligación de vivir con ellos. ¿Para qué más quebraderos de cabeza?

Flotaba honda tristeza en aquel estudio. . . . La pobreza había ido desnudando de sus cuadros a las paredes, el abandono tendía sus telarañas y el manto sutil de polvo en las cornisas de los estantes. . . . La tinta se había secado en el tintero, los papeles se habían puesto amarillentos y el reloj en forma de herradura no latía ya, señalando eternamente las ocho y diez minutos. . . . Caíase a pedazos el tapiz del sillón, y en el perchero, abandonada, se veía la gorra de paño que el poeta usaba para trabajar.

A la escasa luz de un quinqué sin petróleo, se adivinaban apenas en el librero unos cuantos volúmenes, y la sombra se refugiaba en los rincones, donde se oía el medroso roer de los ratones.

Parecía flotar en aquella pieza no sé qué frialdad de lugar lúgubre, parecía lamentarse una voz perdida en el fondo de los estantes y el retrato en lo alto de la pared, destacado en la obscuridad, adquiría tonos de cadáver, y aquella inmóvil mirada que parecía perseguir algo en el muro frontero. ¡Pobre Marcos! . . . no era la musa, era el dolor, era la vergüenza, era la ingratitud la que daba forma de monstruos a las tinieblas.

Tal pensaba don Martín mordiéndose el puño de su bastón, sin saber qué contestar a la tía indignada, que le revelaba una por una las bajezas de aquel que el poeta, lleno de orgullo y de cariño, llamaba mi heredero! ¡Famoso heredero el concurrente asiduo al lupanar y a la cantina!

¡Por qué—se preguntaba el amigo del pensador—

los grandes hombres producen tales vástagos? Rara vez se da el caso de que un Dumás padre engendre un Dumás hijo de la misma talla. . . . Las celebridades no deberían tener una descendencia. . . .

Jamás herederos que arrojen la herencia si es de joyas a un empeño, si es de ideas al fango, si es de libros a la balanza de una tienda. . . . Herederos que no tienen una flor para la tumba de su padre y sí el descaro de llevar su nombre, piel de león que visten sobre sus costillas de asnos irrespetuosos. . . .

Y aquel don Martín, el apologista, que en prólogos y periódicos había narrado la vida del "Musset meridional", pronunciaba una frase muy amarga para los grandes hombres: la misión de la encina es producir bellotas.



LOS ABANDONADOS

—A ver, acércate, dijo el practicante, quitando de la boquilla un cigarro y limpiándose los dedos con la desgarrada blusa—tú, que te acerques—agregó con impaciencia, dirigiéndose a un individuo sentado en la banca de madera del patio. . . . El individuo se acercó con temblorosas piernas, oprimiendo el destejido sombrero contra el pecho y abatiendo la cabeza.

El practicante siguió charlando en tanto con un individuo que, a manera de florete, empuñaba el bastón y tiraba a fondos a un pilar. . . . Reían de buen humor e interrumpieron su charla. . . .

—Conque. . . . ¿qué tienes?

El enfermo, pues estamos en el patio de un hospital a la hora de consulta, se rascó la cabeza, abrió la boca y miró con aire de idiota al que lo interrogaba.

—¿Qué tienes? ¿qué te duele?

—Calambres en las piernas.

—¡Nada más?

—Calentura. . . . tos. . . . mucho sudor y un dolor aquí. . . . Y señaló vagamente el vientre. . . .

El practicante, con las manos en los bolsillos, oía distraídamente. . . .

—¿Te da la calentura después del calosfrío?

—Sí, escalofrío, calentura y dolor aquí. . . .

—¿Escupes sangre?

—No he visto, señor. . . .

—¿A qué hora tienes la calentura?

—En la noche.

—Y la tos ¿también en la noche?

—No he visto.

El practicante tomó un trapo limpio colgado de un clavo, lo colocó en las espaldas del indígena y empezó a darle golpecitos para percutir, bajando el hombro casi hasta la cadera. . . .

—Vamos a ver—y arregló de nuevo el trapo sobre la desgarrada blusa, que tenía todos los tintes de la grasa unida al polvo y al sudor. Pegó la oreja para auscultar. . . .

—Vamos. . . . cuenta: uno, dos, tres. . . .

—Uno. . . . dos. . . .

—Más despacio.

—Uno. . . . dos. . . . tres. . . .

—¿Oyes, compañero?—Y cedió el lugar al joven que seguía con la mirada el reconocimiento.

—¿Percibes?

—Nada. . . .

—¿Verdad?

—Vamos, acuéstate ahí en la banca y bájate los pantalones.

El paciente se quitó el viejo rebozo que le servía de faja y descubrió el abdomen cobrizo, en el que se veía la pálida huella del cinturón. . . .

—¿Conque te duele?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, ¡ay!

—El hígado, ¿no?

Percutió de nuevo la zona dolorida enarcando las cejas. . . .

—Toca, compañero. . . . sonido mate.

—En efecto. . . .—agregó el compañero—¿Hepatitis?

—Precisamente, ¿no ves el color icterico? ¿Y tú bebes? preguntó al enfermo, bajándole con el dedo el párpado inferior. . . . Hueles a perita de San Juan. . . .

Te la pones seguido. . . .

No, señor. . . .

—¡No, será aprensión!

Y dando la media vuelta se sentó frente a una mesilla y colocó a su frente una boleta.

—¿Cómo te llamas?

Magdaleno Silverio.

—¿Edad?

—¿Señor?

—Que cuántos años tienes.

Treinta y dos.

—¿Casado?

Viudo.

—De dónde?

Silao.

—¿Oficio?

Jornalero.

—¿Qué tiempo llevas de enfermo?

Hará dos meses.

—¿Te curaron antes?

No, señor.

—¿Dónde vives?

No tengo casa.

—¿Cómo! ¿No tienes casa?

No, señor. Si vine de mi tierra por una hija que se había perdido.

¿Perdido de Silac acá?

Si, señor; se la sacaron de mi casa *y miyo* vino por ella y lo mató el *amasio* hace dos meses. De la *muina* creo que me viene esto y como él me mantenía. . . .

¿Pero dónde has dormido?

En la comisaría, porque me cogieron pidiendo limosna.

Vaya. . . . Entrégale esta boleta al señor (enseñándole al comisario) y vete a la sala de tercer año, cama 5. . . . ¿Tienes hambre?

Sí, señor.

El practicante dió dos pasos de polka, ofreció un cigarro al joven floretista y dándole un golpecito en la espalda le dijo:

Conque sí, *mon cher*.

Pasando chico.

¡Qué linda tarde!

Una camilla entraba cargada por dos empleados de comisaría. . . .

—He trabajado como un asno hoy.

Comenzaban a encender los faroles. Las sombras descendían y un último fulgor rojizo del cielo daba un tinte de sangre diluida a los pilares agrietados, carcomidos, sucios. . . . Varejones sin hojas se balanceaban con un cabeceo de ramas somnolientas y un santo de cantera se destacaba inmóvil en la penumbra. En las oscuras escaleras extendía un círculo tembloroso un farol opaco, y un cuadro místico en el descanso fingía un grupo de personas en el dintel de una ventana oscura.

A duras penas, solo, sin la mano de un hijo que lo apoyara, trepaba la escalera el enfermo, como si fuese un ebrio.

*
* *

El practicante estaba triste aquella noche y platicaba en su cuarto con el amigo del florete, ambos recostados en la cama ya tendida.

—Hace frío. . . .

—Y buen frío, ¡y mira qué noche!

Hermosísima.

Y veían tras los cristales de una gran ventana el brillante puntilleo de las estrellas en el azul transparente de la noche invernal.

—Figúrate si no me podrá. No sé de mi familia, nadie me escribe: de esto hace dos meses, ni un centavo. . . . ¿Cómo quieres que no tenga una idea de suicidio así? ¡Abandonado! (Y sí lo sentía porque al decirlo se le humedecían los ojos.) ¡Abandonado de los que quiero! Sacrificándome, matándome, empeñando, pidiendo prestado! Este cuarto indecente está mejor que el mío. . . .

Ambos miraron los pobres muebles del cuarto. Un bufete, en el que yacían un sombrero, un grueso libro forrado con hule de mesa, un botellón y en platos de fierro la cena miserable de hospital junto a un par de sondas. El buró con su palmatoria de lata y una escualida vela de estearina, el despintado aguamanil, la coja silla y el inseguro catre. . . .

Ni un rumor venía de las extensas salas. Uno que otro paso resonante en los largos corredores, el derrame casi quedo y discreto de la pileta hacía parecer aquel lugar un edificio desierto, y sonaban con intensidad melancólica los toques de una campana, triste cual ninguna, que llamaba a los mozos.

—No debes quejarte, dijo el amigo poniéndose en pie, empuñando el bastón y sacudiéndose las mandas de ceniza del traje. . . . No debes quejarte, agregó encendiendo un cigarro en la vela, porque no, no es-

tás abandonado, hay otros más abandonados que tú. . .

El practicante se quedó solo, quitóse los zapatos y vestido se arrojó al catre sin poder dormir, porque le aguijoneaba aquel pesar, el pesar de esos animosos que dejan un hogar, una madre, una novia, y se encierran en un colegio para buscar un porvenir; esos pobres a quienes se les olvida a veces, y al dolor de la nostalgia se une otro dolor, el de saber que es incurable.

Nada les sonríe. Son extraños para ellos todos los amigos, años pasan y no hay uno sólo que se crea en una ciudad sino como pasajero, soñando eternamente con aquel sol, con aquella lontananza, con aquellas hiedras, la conventual ventana y la niña que se asoma tras ella para decirles en voz muy baja:

—Mi mamá no se acuesta todavía, habla quedito, quedito. . . ¡pschit!

Esos pobres son poetas sin musa, son plantas que languidecen en el salón porque sueñan con la sombra de las calladas frondas, el roce de las alas, el gemir de las hojarascas y esa calma profunda de la naturaleza libre, virgen. . . Entonces desfilan ante ellos procesiones grotescas. . . el presentimiento, la sospecha, los celos. . . Ven a la madre muerta, a la niña que dejaron triste bailando con aquel necio que la floreaba. . . y gimen muy quedo ¡abandonado! como gemía el practicante que boquiabierto, con el libro en la mano, caídas las colchas y hundida la cara en las almohadas se había quedado dormido. . .

A un paso estaba la sala de tercer año: el Mayor roncaba vestido en un lecho, los faroles ardían con flama tranquila colgados de los altos techos, y en la sombra se dibujaban vagamente las tres hileras de camas.

Los enfermos parecían dormir y algunos no dormían. Allá uno se había sentado en la cama y recargaba sofocado la nuca en la cabecera; otro en-

cedía un cerillo y con los pies descalzos sacudía las sábanas y buscaba al trasluz las pulgas, otro fumaba y como el ojo de un felino en acecho se encendía el clavo de su cigarro; el 10 se inclinaba para tomar la basinilla, se limpiaba la boca con las sábanas el 9 que tosía, y en el confuso rumor de las respiraciones se levantaba el de una. . . agitada, entrecortada, estentórea: la del 5, cuya cama había sido tapada con una cortina porque se iba a morir.

¡Pobre 5! En la mañana todavía comió con apetito, el vegigatorio parecía haberle hecho bien, pero a eso de las tres sintió horribles escalofríos, la lengua le parecía de trapo y una cosa, un hervidero de flemas le subían de la boca del estómago al cuello como si se ahogara. . . Quería hablar y no podía, quería ver y sus pupilas no obedecían a la voluntad, se fijaban en el envigado del techo; sentía helados los pies, se crispaban las manos oprimiendo la frazada gris, y cuando le hablaban percibía un rumor ensordecedor, pero no atinaba con el significado de las palabras y cuando quería responder sólo producía entrecortado balbuceo.

Recordaba que vió brillar la piedra de un anillo, oyó el tic tac de un reloj, lo tocaron en distintos puntos y sintió alejarse los pasos del doctor. Después lo encerraron en una jaula de cortinas, y entonces el 6, su vecino, dijo oprimiéndole las manos con voz muy conmovida, pero entre grave y risueño, quizá con burla:

—Adiós, amigo. . . hasta la otra; y el practicante, eso si lo oyó muy claro. . . dijo también. . . éste se restira esta noche.

¡Qué horror! Y aquel dolor del hígado crecía, creía que se lo amasaban, picoteaban, cortaban, desgarraban. A veces era la sensación de un golpe, de una puñalada después, y se sentía animado a los pocos momentos, una tregua que parecía alivio, y en-

tonces pensaba en Silao, en la milpa, en el ojo de agua, las vacas graves y la hija arrepentida. . . . Pero el día iba cayendo; aquello que hervía en su garganta subía hasta la boca, sentía ahogarse, no tenía fuerzas para arrojarlo y las ideas se barajaban en su mente: su mujer muerta, su hijo muerto. . . . el alcalde. . . . el doctor. . . . el callejón de la Mosqueta, los andamios de la iglesia, las gallinas del carretero. . . . el tren pasando. Quería atrapar una idea, pero al fijarla, el dolor se la quitaba y el delirio las barajaba como un montón inmenso de cuadros, periódicos, retratos. . . . y sentía un inmenso deseo de volverlos a ver a todos, tenerlos cerca para algo que no se explicaba, pero que sin saber por qué, lo hacían recordar los sermones del Padre Gordillo. . . . la condenación. Quería gritar, y creía que gritaba, pero ¡nada! Los enfermos reían a un paso, y ni uno solo por curiosidad alzaba la cortina de su lecho. . . . Se le trababa la boca, seca como un ladrillo asoleado, sus ojos no se despegaban del techo, ya sentía la impresión de una luz intensa, ya la sombra absoluta donde danzaban puntos, culebritas, manchas de colores, relámpagos y un zumbido de oídos atronador y una ansiedad que lo hacía querer gritar, pero aquel hervidero de la garganta no lo dejaba y no quería estar solo; quería que todos los vecinos lo auxiliaran en aquel trance, pero todos dormían. . . . Las ideas huían como un ejército de desertores, no sentía ni pies ni manos, sólo un hígado que le dolía. . . . puntitos brillantes. . . . zumbidos que se alejaban. . . . y aquel estertor que lo iba ahogando, y lo ahogó.

*
* *
*

—¿A qué horas?

—A las tres de la mañana—dijo el Mayor.

—Bueno. . . .

Ya a las ocho, la cama del 5 no tenía colchón, y un enfermo con sigilo había sacado de la funda de las almohadas una caja de cigarros y dos centavos de cobre.

Magdaleno Silverio había sido conducido al segundo patio. Se le colocó desnudo en un plano inclinado de vigas, y el muertero, por un rasgo de piedad, le quitó el grasiento escapulario de un santo. . . . Como nadie reclamó su cadáver, se le entregó al pelón de la Escuela de Medicina.

El amigo floretista y el practicante lo vieron partir por casualidad. . . .

—¡Qué gestos tienen algunos muertos! Ese parece que empezó a decir una palabra y no la acabó. . . .

—Y de veras. . . .

—Y el practicante se quedó pensando en qué palabra sería.

Quizá decía ¡solo! porque esos, esos que se les pone en una jaula de cortinas, se les pone en un plano inclinado, en un carro después, en una plancha más tarde, y llegan a la fosa descuartizados, sin que su nombre se sepa, esos son los verdaderos, los únicos abandonados.